

# Lo político

Waka waka eh eh



**L**a patria es la madre de todos los vicios : y lo más expeditivo y eficaz para curarse de ella consiste en venderla, en traicionarla : venderla? : por un plato de lentejas o por un Perú, por mucho o por nada : a quién? : al mejor postor : o entregarla, regalo envenenado, a quien nada quiere saber de ella : a un rico o a un pobre, a un indiferente, a un enamorado : por el simple, y suficiente, placer de la traición : de liberarse de aquello que nos identifica, que nos define : que nos convierte, sin quererlo, en portavoces de algo : que nos da una etiqueta y nos fabrica una máscara : qué patria? : todas : las del pasado, las del presente, las del futuro : las grandes y las chicas, las poderosas, las miserables : venta en cadena, delito continuado, traición permanente y activa : vender Caldea a Egipto

*Egipto a Persia*

*Persia a Esparta*

*Esparta a Roma*

*Roma a los Bárbaros*

*los Bárbaros a Bizancio*

*Bizancio al Islam*

*abandonarse al excitante juego de las combinaciones y extraer de cada operación un beneficio cualquiera : económico, físico o espiritual : o, en último término, por pura gratuidad, por la fulgurante satisfacción del acto en sí : traición grave, traición alegre : traición meditada : traición súbita : traición oculta, traición abierta : traición macha, traición marica : hacer almoneda de todo : historia, creencias, lenguaje : infancia, paisajes, familia : rehusar la identidad, comenzar a cero: Sísifo y, juntamente Fénix que renace de sus propias cenizas : una dosis de hierba más fuerte que la ordinaria basta : y una cálida, densa, propicia animalidad»*

Juan Goytisolo,

Don Julián



# El Pensamiento Monógamo

## Consideraciones previas

Escribo sobre la nación monógama desde una Catalunya con anhelos de independencia respecto al Estado español y con una España al acecho, dispuesta a perseverar en una unidad histriónica que ya apenas ilusiona a nadie. Y lo hago desde una identidad charnega sospechosa para todos los lados de esta historia y bajo constante vigilancia. Ser charnega significa, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española «inmigrante en Cataluña procedente de una región española de habla no catalana». Y es, aclara, un término despectivo. Y hereditario, añadido yo.

Ser charnega no tiene tanto que ver con el origen geográfico sino con este origen cruzado por la clase social. No importa tanto de dónde vino tu familia sino cómo llegó y para qué. Ser charnega, pues, significa muchas cosas que tienen que ver con la clase, con la miseria originaria y con la bastardía, la frontera, la impureza. Y significa también que no eres suficiente... o que eres demasiado. En mi caso, ni suficientemente gallega en Galiza, ni suficientemente catalana en Catalunya. O, mirado desde otro prisma, demasiado catalana en Galiza y demasiado gallega en Catalunya, un exceso defectuoso o un defecto excesivo que me llena de gozo, para qué os voy a mentir. Los idiomas que traigo de serie son el catalán y el castellano. Mi idioma relacional es múltiple e incluye el árabe y el inglés. No sé qué significa eso de «lengua materna». Mi madre natural me hablaba un gallego castellanizado, mi madre escogida me habla un árabe marroqui-

nizado, y yo le hablo a mi hijo en catalán barcelonés. La lengua materna ¿es la que me transmitieron o es la que transmito?

Yo no siento esa «tierra» que nombramos como sinónimo de patria, ninguna de ellas. España me parece tan ajena como Suecia o Austria, y Catalunya es ese lugar que sí pero no, del que tengo tantos recuerdos de pertenencia como de exclusión. Lo que siento como patria, o como patria tal vez, son los vínculos, las personas, algunos paisajes que son pequeños y concretos, que son barrios y poco más y que están en todas partes: lugares reales en los que he estado y lugares míticos que me han construido y que no he llegado a visitar. Tengo familia en la antigua Yugoslavia, y durante los últimos 20 años he estado viviendo el rastro de aquella guerra de desintegración y el resultado de los estados independientes, tan banales y anodinos como cualquier otro. Así que vivo básicamente con miedo y desazón este proceso de independencia entre naciones europeas y sus trapicheos entre derechas acomodadas. Con miedo a la violencia, a la guerra y a un patriotismo enfermo que se instala durante décadas y generaciones.

120 Dicho esto, y porque sé que mi discurso es fácilmente capturable, que la nación me parezca una mierda no significa que piense que Catalunya no tiene derecho a organizarse en un Estado como cualquier otro. Lo decía Jean Genet respecto a los palestinos. Él, que fue el traidor de la Patria toda su vida, defendía que los y las palestinas tenían derecho a un Estado para poder tirarlo a la basura. Catalunya, de hecho, está inscrita en un Estado que es España. No quiere crear un Estado como quien crea el primer Estado del planeta, quiere cambiar su situación. No vivimos en un espacio idílico en el que somos burbujas etéreas más allá del sistema. Catalunya no es la única tierra que está pidiendo un Estado propio en un mundo ideal sin estados ni fronteras, no se está inventando nada que no exista. Pedirle que renuncie a ello bajo el razonamiento simplón de no querer fronteras es como pedirle a las personas trans que rompan los estereotipos de género, precisamente ellas, mientras el resto del mundo, en posiciones muchísimo más cómodas, no paramos de reforzar esos mismos estereotipos.

Por lo demás, en las siguientes páginas entenderemos la nación y la patria como dos partes de un mismo constructo, siendo la primera el engranaje administrativo, que incluye sus formas militares y económico-capitalistas, y la segunda, la patria, su parte emocional.

Dicho esto, sigamos.

Si la monogamia es un sistema relacional, podemos preguntarnos si se limita a las relaciones sexo-afectivas y de pareja, o si es un sistema que cruza de manera transversal todas nuestras construcciones y articulaciones grupales. Volvamos sobre algunas de sus características principales: esencialización identitaria, jerarquía del núcleo reproductor de esa identidad (cohesionado en el modelo eurocéntrico contemporáneo a través de la mitificación romántica), exclusión y confrontación como formas autodefinitorias.

Estas características son las que sustentan lo que llamaremos Pensamiento Monógamo, tanto aplicado a la pareja como a cualquier otra estructura social y que es el cogollo a desmantelar si queremos deconstruir la monogamia.

Para que sus dinámicas funcionen, el Pensamiento Monógamo necesita de la diferencia. De hecho, inventa la diferencia, la crea. Alessandro Baricco utiliza la Gran Muralla China como metáfora de esta idea en su libro *Los bárbaros*<sup>56</sup>. Como él nos dice «en su propia relación con los bárbaros, toda civilización lleva inscrita la idea que tiene de sí misma. Y que cuando lucha con los bárbaros, toda civilización acaba eligiendo no la mejor estrategia para vencer, sino la más apropiada para confirmarse en su propia identidad. Porque la pesadilla de la civilización no es ser conquistada por los bárbaros, sino ser contagiada por ellos: no es capaz de pensar que pueda perder contra esos andrajosos, pero tiene miedo de que luchando pueda salir modificada, corrompida»<sup>57</sup>. La Gran Muralla como metáfora es la línea que

121

---

56 Alessandro Baricco, *Los bárbaros: ensayo sobre la mutación*, Anagrama, Barcelona, 2006.

57 *Ibíd.*, p. 205.

convierte a unos en civilización y a otros en barbarie. Es una línea abismal, como veremos. Una línea que no acepta *continuums*, ni idas y venidas, ni medias tintas, ni pertenencias múltiples. El Pensamiento Monógamo necesita del pensamiento binario que aprendemos a aplicar, en primer término y desde que nacemos, en cuestiones de género.

### **Pensamiento monógamo y sistema sexo-género binario (monógamo)**

Mari Luz Esteban en *Crítica del pensamiento amoroso* defiende que el amor es el que nos define como hombres y mujeres, entendidas estas categorías como «tipos de personas opuestas, complementarias, jerarquizadas, a través de la repetición de actos y discursos que son siempre encarnados, incorporados y reproducidos»<sup>58</sup>.

Si bien de manera aparente este régimen solo opera en la heterosexualidad, Monique Wittig ya demostró ampliamente que esta es una forma de pensamiento que va mucho más allá de las prácticas heterosexuales y que configura la manera de estar en el mundo y de generar subjetividad y pensamiento amoroso también en sujetos que no entran dentro de la definición de heterosexualidad. El vértice que le falta al pensamiento amoroso de la Esteban, desde mi punto de vista, es la monogamia. En realidad, no creo que podamos pensar la heterosexualidad como sistema sin pensar la monogamia también y cómo la una y la otra se interrelacionan, se construyen y apuntalan de manera recíproca. Las servidumbres del sistema sexo-género binario solo pueden dar como resultado la monogamia, pues todo lo que refiere a la construcción de la masculinidad hegemónica y la feminidad hegemónica y binaria está pensado para llevarnos a la codependencia, a la confrontación entre iguales por formar el núcleo reproductor y, una vez formado, al cercamiento y la

---

<sup>58</sup> Mari Luz Esteban, *Crítica del pensamiento amoroso*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 49.

propiedad privada de ese núcleo reproductor. Esto no significa que por el hecho de no performar masculinidad o feminidad hegemónica ya tengamos el abracadabra del poliamor servido. Si alguien sigue a estas alturas del libro buscando atajos para el poliamor, tampoco están en este capítulo.

Esta relación estrecha de dependencia y construcción recíproca entre el sistema monógamo y el sistema sexo-género binario se afianzan a partir de esa época y lugar que llamamos Modernidad. No son un invento de la Modernidad, pero sí se afianza en Europa y, a partir de ahí, se imponen en el resto del mundo a través de procesos de colonización, colonialidad y globalización. Antes de la colonización europea ya existían el género y la dominación masculina en infinidad de lugares. Gloria Anzaldúa, por ejemplo, hace numerosas referencias a las formas de dominación masculina en el contexto azteca y cómo la injusticia de género contribuyó a la colonización<sup>59</sup>. Por lo tanto, sabemos de la existencia de estas condiciones en diversas épocas y geografías, pero no podemos seguir afirmando que las formas de dominación masculina son únicas e idénticas en todos los contextos ni que su evolución globalizada haya sido resultado de una deriva natural causada solamente por mecanismos relativos al género, sino que la dominación colonial geopolítica y el

123

---

59 Así lo explica, por ejemplo, en *Borderland/La frontera: the new mestiza*: «A la sociedad azteca le llevó menos de tres siglos pasar de la dualidad equilibrada de sus primeros tiempos y de las tradiciones igualitarias de una tribu itinerante a las de un Estado depredador. La nobleza se quedaba con los tributos y la gente común no recibía nada, lo que provocó una división de clases. Las tribus conquistadas odiaban a los aztecas por la violación de sus mujeres y por lo enormes impuestos que se les exigía pagar. Los tlaxcaltecas eran los enemigos acérrimos de los aztecas y fueron ellos quienes ayudaron a los españoles a derrotar a los gobernantes aztecas, que para entonces eran tan impopulares entre su propia gente que no pudieron movilizar al pueblo para defender la ciudad. De este modo cayó la nación azteca, no porque Malinali (*la Chingada*) actuara como traductora de Cortés y se acostara con él, sino porque la élite gobernante había subvertido la solidaridad entre hombres y mujeres y entre la nobleza y el pueblo llano» (June Nash, «The aztecs and the ideology of male dominance», *Signs*, inv. de 1978, pp. 361-362, cit. en Gloria Anzaldúa, *Borderland/La frontera*, op. cit., p. 79).

capitalismo fueron un mecanismo de imposición de una cierta forma de desigualdad de género sobre el resto del mundo.

## **La Gran Muralla (aka Línea Abismal)**

La línea abismal es un concepto heredado de la idea de zona del ser y zona del no-ser desarrollada en los textos de Frantz Fanon, divididas por una línea que, con posterioridad, el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos denominará Línea Abismal, esto es, la Gran Muralla que construye el imaginario de la civilización y la barbarie. Estas dos zonas, la zona del ser y del no-ser, la zona de existencia y de no-existencia, de poder y de subalternidad se sostienen sobre una relación subordinante en base a lo que Avtar Brah denomina la «diferencia inherente» y que me gusta mezclar con el pensamiento abismal para denominarla «diferencia inherente y abismal».

124 Traducido a lenguaje humano: podemos analizar las relaciones de poder como un marco que divide a las personas en grupos con poder y grupos sin poder dentro de esa relación. El poder es contextual, por lo tanto estas dinámicas pueden observarse desde distintos prismas que van de lo micro a lo estructural y sistémico. Prismas que, además, no son excluyentes. Por ejemplo: cuando doy clases pregunto quién tiene más poder, si los hombres o las mujeres. Y todo el mundo contesta al unísono «los hombres». Sin embargo, en el aula quien ostenta el poder soy yo (y punto). Que yo tenga el poder en ese momento y en ese contexto no excluye que yo siga siendo una mujer lesbiana blanca con una mochila concreta que sigue operando también dentro del aula, para bien y para mal.

La línea imaginaria que separa estos dos espacios es la línea del abismo, esa caída al precipicio de la nada, de la no-existencia que denominamos, a través de Fanon, como zona del no-ser. Que la línea sea imaginaria no significa que sus consecuencias también lo sean, bien al contrario. Esta zona de no-existencia tiene un montón de atributos que dificultan la vida en todas sus acep-

ciones: desde la supervivencia literal hasta la proyección vital, las expectativas de futuro. La no-existencia, sin embargo, no es un estado del ser: las vidas en esa zona existen pero esas mismas relaciones de poder las remiten a un espacio de desposesión.

Esta línea se construye y se impone a través del imaginario de la diferencia inherente y abismal, una diferencia entendida como insalvable, irremediable, irreconciliable en tanto que inherente y en tanto que abismal. Esta línea la marca una característica que se sobredimensiona y alrededor de la cual se organiza toda una identidad en términos de dominación/subordinación que construye tanto a la parte dominante como a la parte dominada. Uso la palabra dominación para facilitarnos la lectura, pero vamos a afinar un poco. Según Antonio Gramsci, la dominación es la imposición a través de la fuerza. Pero más interesante aún es la hegemonía. Esta consiste en que la clase dominante imponga su agenda al resto a través de algo parecido a lo que Foucault llamó biopolítica. No usa la fuerza sino toda una maquinaria como es el sistema educativo, la institución religiosa y los medios de comunicación para convencer a las clases dominadas de que esa forma de existencia es natural y es la única. Pensemos en el género y cómo se nos ha inoculado tanto la idea de que los hombres mueven el mundo, que incluso a las mujeres nos cuesta pensarlo de manera distinta o tomar los lugares de responsabilidad. En cuestiones de racialización existió toda una maquinaria científica que *demonstró* la superioridad del hombre blanco, la demostró científicamente con teorías que también estudiaron como válidas las personas racializadas. La lesbofobia interiorizada responde también a esos patrones. Y así infinitamente. Achille Mbembe lo piensa respecto a África y a las políticas de la otredad. En su caso, «África» como significativa «apenas puede ser una *política de lo semejante*. Por el contrario solo podría ser una política de la diferencia: la política del buen samaritano que se alimenta del sentimiento de culpa, del resentimiento o de la piedad, pero nunca de la justicia y de la responsabilidad. Por más que se le dé vueltas al asunto, casi no hay, entre ellos y nosotros, similitud en humanidad. El lazo que

nos une no es vínculo entre seres semejantes. No compartimos un mundo común»<sup>60</sup>. O, como resume Shakira, «waka waka, porque esto es África». La canción oficial del Mundial de Fútbol de 2010, celebrado en Sudáfrica. Aunque el estribillo pertenece a un tema del grupo camerunés Golden Sounds, lo interpreta para el mundial Shakira, con un estupendo pelo rubio y lentillas azules, no nos fuésemos a confundir<sup>61</sup>.

Cuando se instala una línea abismal, por lo tanto, la posibilidad de semejanza desaparece. Todo se mide y se mira en tanto que diferencia y subalternidad. Seguimos con ejemplos para aterrizar la teoría: el género como línea abismal se articula a partir de las diferencias entre hombres y mujeres (en el esquema binario). Esas diferencias se sobredimensionan hasta el extremo de tener preferencias supuestamente innatas por colores distintos. Apunto que esas diferencias pueden existir, pero son posteriores a la construcción hombre/mujer. Es decir, que no por el hecho de ser una mujer se tiene predilección por los colores pastel sino que la carga de mensajes que se reciben en ese sentido construye esa preferencia a la práctica. Es el mandato social.

126 La línea abismal no es una intrascendencia intelectual: es una línea sobre la cual se decide la vida y la muerte. Para Fanon esa línea es la racialización, sin duda una de las mayores líneas abismales y sobre la que versa el trabajo de este pensador. Combinado con el trabajo de grupos como Combahee River Collective sobre la interseccionalidad, esta línea abismal no pierde importancia sino que se complejiza y se intensifica al contacto con otras.

Para entender con claridad qué es una línea abismal y qué es una diferencia no-abismal podemos tomar prestada una idea que Foucault utiliza en su genealogía del racismo: «la condición de aceptabilidad de la matanza»<sup>62</sup>. Esos otros y otras que habitan más allá del abismo se imaginan tan amenazantes en su propia existencia que la matanza es aceptable. Y yo añado,

---

60 Achille Mbembe, *Crítica de la Razón Negra*, op. cit., p. 99.

61 Agradezco esta información a mi querida Jessica González.

62 Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, La piqueta, Madrid, 1992, p. 90.

para entender qué es una línea abismal, que la matanza inversa deviene escandalosa e inaceptable. Pongamos por ejemplo los feminicidios. La existencia de las mujeres no amenaza el sistema ni amenaza la existencia de los hombres, al contrario: hemos visto hasta qué punto son co-dependientes ambas construcciones. Pero sí que un tipo de mujeres o un tipo de rebelión entre las mujeres amenaza la existencia de un tipo de hombres. Y esa matanza es aceptable. ¿La prueba? En 2016, 105 mujeres fueron asesinadas en el Estado español bajo la marca del feminicidio. Si hubiesen sido 105 hombres muertos a manos de mujeres, el trastorno social hubiese sido extraordinario.

En los atentados de Barcelona y Cambrils de agosto de 2017 hubo 16 muertos, con repercusión en los medios de comunicación de todo el mundo, varias manifestaciones multitudinarias, presencia de representación política de alto nivel y santuarios improvisados en los lugares de la masacre durante semanas. En este caso, los asesinos eran musulmanes, y las víctimas eran entendidas como no-musulmanas, aunque de facto hubiese musulmanes entre las víctimas. Europa tiene muy asimilado que los musulmanes pueden ser masacrados, desde tiempos coloniales hasta hoy en día. Irak, Afganistán, Palestina son un ejemplo. Son la otredad abismal. Pero cuando la otredad abismal se salta la línea de la inexistencia y entra en la zona de confort para perpetrar la matanza, genera un caos extremo. No son solo las muertes, es su simbología. Su simbología abismal. Podríamos haber entendido esos atentados desde el eje de género. Los asesinos también eran hombres, todos ellos. Podríamos haber puesto el foco en ello, pero entonces el escándalo hubiese apuntado a lugares distintos y menos interesantes para los poderes establecidos.

Por lo tanto, una línea abismal es la que posibilita la aceptabilidad de una matanza desde el ser hacia el no-ser, y convierte en tumultuosa la matanza inversa.

Para combinar las líneas abismales con la perspectiva de la interseccionalidad tenemos que considerar cada constructo abismal como un conjunto dentro de otros conjuntos, donde las hegemonías de Gramsci y las subalternidades se dan paso las

unas a las otras interactuando constantemente. Para este autor la hegemonía es un pacto entre posiciones de poder y posiciones subalternas que generan una hegemonía temporal a través de dinámicas de consenso que no hacen desaparecer las desigualdades sino que las invisibilizan, aplazan su resolución.

De regreso a la pareja, la línea abismal constituyente es el género: es la diferencia inherente y abismal necesaria para la reproducción en términos monógamos. La hegemonía es el pacto necesario para aplazar la resolución de las diferencias de género en pos de la reproducción y de la creación del núcleo identitario entendido como pareja heterosexual o de modelo heterosexual. La posición de poder que se encarna en el hombre, el hombre como institución hegemónica, y la subalternidad encarnada en la mujer como institución subalterna crea, en su combinación monógama, un nuevo núcleo hegemónico que es la pareja, que servirá de base para nuevas subalternidades.

La participación de esa hegemonía es lo que permite que estas estructuras de dominación sigan en marcha, lo que hace que la servidumbre sea voluntaria, como diría Étienne de La Boétie, lo que impide una y otra vez que nos revelemos ante la propia masacre. O, incluso, lo que impide que entendamos la masacre como propia. El ensueño de participar de esta hegemonía, de esta promesa de la desaparición de las desigualdades, viene afianzado por los mitos del amor romántico en el caso de la pareja contemporánea. Un constructo que, de manera no poco sorprendente, empieza a desarrollarse precisamente en Europa y precisamente en el siglo XIX, el siglo en que toma auge la otra forma de amor romántico y monógamo: la nación.

Fanon, de nuevo, es clarificador a este respecto: «la estructura familiar y la estructura nacional tienen relaciones estrechas. La militarización y la centralización de la autoridad en un país implican automáticamente un recrudescimiento de la autoridad paterna. En Europa y en todos los países llamados civilizados o civilizadores, la familia es un fragmento de la nación»<sup>63</sup>.

---

63 Frantz Fanon, *Piel blanca, máscaras negras*, Akal, Madrid, 2009, p. 133.

## El súbdito monógamo

El súbdito monógamo se relacionará con el entorno en términos monógamos e interpretará el mundo a través de dos ficciones indisociables entre ellas e indisociables al sistema: el género y la raza. Y, como nos recuerda Norma Mogrovejo «la raza no es ni más mítica ni más ficticia que el género, ambos son ficciones poderosas»<sup>64</sup>. Sabemos que la construcción identitaria moderna es básicamente individualista. Recordamos, como indicaba la antropóloga Almudena Hernando, que individualismo y pertenencia grupal no están en contradicción sino que forman parte, ambas, de la llamada «identidad relacional individualista». Esta denominación señala la incapacidad del individuo para imaginarse fuera del marco de relaciones<sup>65</sup> identitarias. De ahí que el súbdito monógamo se aferre a ellas con una exasperante brutalidad tanto en lo personal como en lo colectivo.

El Pensamiento Monógamo necesita de iguales y de diferentes, porque su sistema refiere a la reproducción de un legado concreto, no a la mezcla. El Pensamiento Monógamo tiene terror de lo bastardo. En lo amoroso, esa diferencia refiere al género. En la construcción de identidad colectiva existen varias marcas de la diferencia inherente y abismal, pero vamos a pararnos en ese abismo necesario al sistema de racialización.

No voy a detenerme a escribir específicamente sobre racismo para repetir las palabras y los pensamientos de numerosas autoras que han afinado la cuestión desde lugares mucho más situados que el mío. Tan solo aclaro que en este libro entendemos tanto raza como racialización en tanto que proceso primario del sistema racista que organiza a las personas en humanas o inhumanas a partir de una línea abismal e inherente. Ésta puede ser el fenotipo pero que también se desvía en ocasiones hacia

---

64 Norma Mogrovejo, *Del sexilio al matrimonio: ciudadanía sexual en la era del consumo liberal*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Ciudad de México, 2015.

65 Almudena Hernando, *La fantasía de la individualidad*, Katz, Madrid, 2012.

constructos denominados «cultura», o hacia las creencias, los orígenes... Todos ellos entendidos de manera necesariamente estereotipada y generalizadora.

El súbdito monógamo arrastra las mismas estructuras de pensamiento del círculo privado al círculo público y viceversa, de las relaciones amorosas a las relaciones comunitarias, de la construcción de identidad nacional a la construcción de pareja. Más allá (o más acá) incluso: la jerarquización, la confrontación y la exclusión en términos de pertenencia identitaria está tan implantada que opera en cómo nos adscribimos a un equipo de fútbol, cómo hacemos nuestras alianzas activistas o de qué manera nos posicionamos políticamente. «O con ella o conmigo» es, básicamente, la manera monógama de entender el mundo. Una forma que fácilmente deriva en «o conmigo o contra mí».

Y es así que el sujeto monógamo deviene también súbdito monógamo.

## **La monogamia formal de la nación**

130

Aquello que denominamos nación es el espacio geográfico y administrativo donde las narrativas sedentarias asientan el mito del «pueblo», entendido este como identidad cultural, incluso histórica, pero desprovisto de su componente de clase. Cuando hablamos de pueblo en el contexto nacional no nos referimos a la clase obrera o a lo popular, sino a la encarnación de la identidad esencializada e idealizada de la nación. Hay que apuntar, sin embargo, que no todos los pueblos necesitan de una nación o de un espacio geográfico concreto, como me señala Pilar Heredia, presidenta de la asociación de mujeres gitanas Yerbabuena, en referencia al pueblo gitano. «Nosotros somos pueblo estemos donde estemos», en sus propias palabras, durante una cena que tuve la suerte de compartir con ella. En cualquier caso, para los pueblos que sí lo consideran importante, la nación es la parte administrativa de la unión de personas que se sienten identificadas por códigos comunes y deciden vivir juntas bajo esa unidad

administrativa común, siendo la patria es su parte emocional. Esta forma de agruparnos es y funciona por mecanismos bastante similares a la decisión de varias personas de formar una unidad familiar u organizar la crianza conjunta. Ambas opciones (la nación y la familia) tienen poco de elección consciente y mucho de mística, de destino y de una poética esencialista que es, simultáneamente, su mejor amiga y su peor enemiga, pues el belicismo implícito en la nación es azuzado por las mismas características esenciales que posibilitan su existencia.

En palabras de Hanna Arendt, «las auténticas condiciones para el surgimiento de la nación [son]: la homogeneidad de la población y su enraizamiento en el territorio»<sup>66</sup>. Esta homogeneidad es una ficción de homogeneidad pues, como en el caso de la pareja heterosexual, la nación no está pensada para unir a iguales sino para aglutinar a diferentes en el sentido de desiguales bajo un espejismo de igualdad o, como mínimo, de amabilidad. Tanto la nación como la pareja son una promesa de felicidad. Aglutinar una desigualdad insostenible es la necesidad primaria de la nación como es también la necesidad primaria de la pareja heterosexual. La gran diferencia entre lo uno y lo otro es que la pareja heterosexual se lleva a la práctica en conjuntos tan reducidos que es posible ensayar una redistribución íntima del poder, pero en el caso de la nación el engranaje es tan monstruosos que no hay resistencia posible.

Ochy Curiel define el pueblo como el sujeto colectivo de la nación. «Supuestamente», afirma, «en su concepción no se admiten privilegios basados en la raza, el sexo, la religión, la posición económica, etc. Se supone que quienes integran el pueblo gozan de igualdad ante la ley. En las democracias modernas, pueblo tiene un sentido restringido y tiende a referirse a los y las ciudadanas, para simplificar, a las personas que pueden votar y ser elegidas»<sup>67</sup>. La concepción de pueblo, añadido, es dinámi-

---

66 Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2006, p. 389.

67 Ochy Curiel, *La nación heterosexual*, Brecha lesbica y En la frontera, Ciudad de México, 2013, p. 92.

ca y su dinamismo no es necesariamente inclusivo ni opera en función de los intereses de las personas que habitan la nación, sino en función de los intereses —incluso identitarios— de la corporación que dirige la nación.

La nación europea, para seguir con el relato situado, es monógama de forma y fondo. La monogamia aparece en la mayoría de legislaciones europeas como fundamental a la nación, en su acepción de unión exclusiva y romántica entre dos personas, especialmente un solo hombre y una sola mujer. Pero tampoco cualquier hombre y cualquier mujer. En la mayoría de países europeos están prohibidas las relaciones sexuales (y el matrimonio) entre hermanos, incluso en el caso de personas dadas en adopción al nacer. En 2008 surgió un caso en Reino Unido cuando dos personas gemelas separadas desde el nacimiento descubrieron por casualidad su parentesco cuando ya se habían casado... Y fueron obligadas a separarse. Como argumentaban los periódicos, reclamando la total transparencia en las adopciones, si no conoces bien tus datos biológicos te puedes enamorar de un pariente tuyo sin saberlo y *tragedias* como esta pueden ocurrir<sup>68</sup>. El sexo consentido entre hermanos/as adultos/as está penado con cárcel en la mayoría de los países europeos. La palabra «incesto» no distingue entre la relación consentida entre dos adultos, y un adulto y su hijo o hija menores. Todo entra en el mismo saco tabú, sin tener en cuenta la gran brecha de la desigualdad del poder, que es el elemento más problemático en estas relaciones. Los argumentos esgrimidos para prohibir el sexo entre hermanos son perfectos a la idea de monogamia como maquinaria para la reproducción. Se alega que la reproducción entre personas de consanguinidad cercana aumenta las posibilidades de malformaciones en la criatura. Sin pararme a investigar si es cierto o no, la brecha entre tener sexo y reproducirse es enorme, pero en el fondo de estos tabúes opera la misma idea: el sexo es reproductivo y la monogamia prote-

---

68 <http://www.dailymail.co.uk/news/article-507588/Shock-married-couple-discovered-twins-separated-birth.html>

ge la reproducción, que es el fin último de las uniones, más allá de las voluntades privadas de las personas unidas. Así, observar qué uniones son alentadas y qué uniones son perseguidas nos da una idea clara también de cuál es el cuerpo reproducible de la nación y cuáles son los cuerpos no reproducibles, lo que incluye las uniones mestizas, bastardas, entre personas certificadas como nacionales y personas extranjeras, a las que se investiga para comprobar la *veracidad* de su amor, o uniones de distintas formas de racialización, especialmente si una de ellas se considera esencial a la nación y la otra no.

La nación, por lo tanto, es monógama y no se avergüenza de ello. Pero no solamente es monógama en el sentido que premia un cierto tipo de relaciones sexo-afectivas, sino que toda la forma de estructurar los vínculos, la identidad y la construcción de alteridad intrínsecas a la nación son monógamas y están construidas a partir de la estructura básica del Pensamiento Monógamo: jerarquía, exclusividad/exclusión y confrontación reafirmante.

## **La identidad nacional y reproducción del yo colectivo**

En el centro de la construcción monógama está la reproducción y todo el sistema se construye para garantizar no solo la reproducción sino también la filiación, algo así como la reproducción nominativa: la reproducción y la transmisión del yo o de lo mío.

La nación se constituye sobre las bases de una identidad común esencializada y creada en términos míticos que deviene narrativa común y nos sitúa en una existencia anterior a la existencia individual al tiempo que nos empuja a entregar esa misma esencia tal y como ha sido recibida, hacerla permanecer sin contaminación alguna. La idea de la transmisión no estaría mal si no fuese por la cuestión esencial. Sentirnos parte de un devenir que va más allá de nosotras mismas es una práctica que puede agrietar el individualismo imperante. Sin embargo, el hecho de que la narrativa histórica sea monógama convierte esta misma

deriva en un arma de guerra. ¿Qué significa que esta narrativa es monógama? Significa que la mística nacional se genera como narrativa única, superior jerárquicamente a cualquier otra, identitaria y, por lo tanto, inamovible, así como generadora de exclusión y confrontación para mantenerla intacta y esencial.

La esencia nacional se entiende incluso en términos raciales, ya no solo culturales, hasta el punto que esa «genética» que se protege desalentando y persiguiendo legalmente las uniones de nacionalidades u orígenes mixtos que pueda generar súbditos con patrias diversas y simultáneas, cuyas tradiciones familiares, costumbres, mitos fundacionales, *habitus* o aspecto no responda a la esencia ideal de la nación, y que, sin embargo, no sea expulsables de manera administrativa con un simple chasquido de dedos. Hay que matizar que cualquier grupo humano es expulsable de la nación, pero algunos procesos de expulsión son más complejos e improbables que otros: República Dominicana trata periódicamente de expulsar a los y las descendientes de haitianas nacidas ya, en ocasiones, por varias generaciones, en territorio dominicano. Las personas musulmanas europeas están bajo amenaza constante de expulsión, aun siendo administrativamente europeas y el pueblo gitano del Estado español, por ejemplo, sigue siendo considerado como un elemento extraño a la nación a pensar de llevar 600 años de asentamiento demostrable.

Esa esencia y esa pertenencia esencial se persigue también a través de los apellidos, esa marca innegable de clase, raza y género incluso, a través del predominio del apellido paterno sobre el materno o de la adopción del apellido del marido por parte de la esposa, una costumbre perfectamente vigente.

Más allá del cuerpo de sus súbditos, la nación también conserva y reproduce una esencia cultural inmutable, cuya pretendida inmutabilidad es la condición misma que la sustenta a nivel mítico. Una esencia marcada y decidida por el poder, que es quien sentencia los términos de lo esencial. El poder, por supuesto, es contextual: pensar el poder como una cualidad del ser es una trampa tan efectiva como monógama pues permite

tener enemigos claros y situados en oposición binaria a los que poder señalar y analizar de manera monofocal. El poder, de nuevo, es una forma de relación. La esencia nacional la decide el grupo mayoritario en esa nación, incluso cuando son naciones sin Estado y en resistencia que representan un grupo minorizado dentro de otro grupo mayor que los subalterniza. Estar en situación de subalternidad respecto a una estructura no imposibilita para estar en posición de poder en el contexto de otras relaciones. Tomemos como ejemplo la homosexualidad, minorizada siempre ante la apabullante mayoría heterosexual. Esta forma de existencia nunca es tenida en cuenta dentro del grupo definitorio, sea cual sea el grupo. Así, la resistencia antirracista a la nación racista será una resistencia heterosexual, y los sujetos racializados y no-heterosexuales tendrán que llevar a cabo varias luchas simultáneas para conquistar sus espacios negados en subalternidades diversas. De la misma manera, la nación será definida en términos androcéntricos, por mucho que sea una nación en resistencia o en proceso de liberación. De hecho, los procesos de liberación nacional son momentos de posibilidad de existencia de esas minorías siempre y cuando no pongan la diferencia sobre la mesa. Es más, son momentos en que interesan las voces de los grupos minorizados para poder crear una masa mayor. Pero solo a través de representantes dóciles de esos grupos. Si la esencia es, por definición, aquello que comparten todos los elementos de un grupo, el mínimo común múltiplo, es imposible acotar la esencia de la nación, de cualquier nación, pues sus componentes si acaso comparten una trabazón de elementos, no uno en particular, y básicamente un deseo aleatorio de nombrarse de manera conjunta, así como unos mitos comunes que avivan ese deseo y esa certeza de pertenecer. La única solución para sostener la ficción de la esencia nacional es decidir los elementos esenciales en función de lo hegemónico, y excluir de la nación a los elementos restantes, expulsándolos, quitándoles el estatuto de humanidad, o señalando su peculiaridad como elemento de posible cancelación de su pertenencia al grupo: son existencia bajo continua sospecha y bajo eterna amenaza.